

dictatorship-era Left. It is sure to provide fascinating reading for specialists within these fields.

**Benjamin A. Cowan**

*University of California, San Diego*

DIEGO GALEANO, *Delincuentes viajeros. Estafadores, punguistas y policías en el Atlántico sudamericano*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2018.

Este libro es la traducción al castellano de *Crimonosos viajantes*, la tesis doctoral de Diego Galeano, historiador que, nacido en La Plata (Argentina), hoy es profesor de Historia en la Pontificia Universidad Católica de Rio de Janeiro. Publicada en portugués en forma de libro por el Archivo Nacional de Brasil en el año 2016, había sido el resultado de una exhaustiva investigación en archivos, bibliotecas y repositorios de ambos países, dedicada a revelar, en un período comprendido entre 1890 y 1930, la historia de “policías traspasando las fronteras nacionales para enfrentar un abanico de prácticas delictivas territorialmente escurridizas” (p. 21).

La obra está organizada en seis capítulos (“Cartografías del delito en América del Sur,” “Los policías extranjeros,” “El *bureau* y el laboratorio,” “Encuentros de policías,” “La sociedad de los malhechores” y “La aristocracia del robo”), un epílogo y una introducción. Profusamente ilustrado con imágenes recuperadas en la revistas y acervos criminológicos, el libro reflexiona, además, sobre varios asuntos pertinentes a la práctica del historiador: el carácter de los archivos policiales, los límites de las historiografías nacionales y el imperativo de cruzar las fronteras (como los policías y los delincuentes de los que se ocupa) para que estas historias en movimiento se hagan visibles.

Esta aparente historia de detectives, gatunos y rateros moviéndose, persiguiéndose y reencontrándose en distintos sitios de América del Sur debe leerse, desde mi punto de vista, como una contribución a la larga historia del conocimiento. Los nombres propios no dejan de aparecer en cada página y habrá quien se deleite con las picardías y la inteligencia de los aristócratas del robo; sin embargo, los verdaderos protagonistas de este trabajo son los medios técnicos de policías y ladrones para reconocerse, esconderse y actuar en el mundo. Estamos, en efecto, frente a un capítulo de una verdadera historia burocrática del saber, esa que se inicia en el mundo tardomedieval y que, entre otras cosas, convierte el paradero de los grupos de población en un proyecto político-administrativo. Así surgieron las medidas para combatir a la plaga en los centros comerciales del *Quattrocento* italiano en un marco de idealización de la persona sedentaria y del miedo de su contraparte móvil, llámese este vagabundo, inmigrante, falso mendigo, charlatán,

agitador anarquista o cualquiera de los nombres que, todavía hoy, encarnan ese peligro asociado al disfraz, a la impostura o la mera trashumancia. Las multitudes del siglo XIX—mejor dicho, la denominada *cuestión social*—multiplicarían ese temor con la misma tasa con la que aumentaba la velocidad de comunicación y del transporte de personas.

En 2006 Bernhard Siegert (*Passagiere und Papiere, Schreibakte auf der Schwelle zwischen Spanien und Amerika / Pasajeros y papeles, actos de escritura en el umbral entre España y América*, 2006) nos recordó que desde la instalación de la Casa de Contratación en el siglo XVI en Sevilla, el Atlántico, además de un horizonte náutico y espacial, era un espacio burocrático definido por el registro y la regulación de las personas que viajaban, las cuales, a la vez, aprendían a actuar (y a engañar) en función de esos actos de escritura. Como han señalado varios autores—adhiera Galeano—, la gran innovación de fines del siglo XIX reside en la comunicación eléctrica y en la aceleración de la transmisión, marcando aquello que Peter J. Hugill (*Global Communications since 1844: Geopolitics and Technology*, 1999), inspirándose en Harold Innis (*Empire and Communications*, 1950) y Lewis Mumford (“Power and Mobility,” 1963), llamó los inicios de la “época neotécnica,” caracterizada por la idea de movilidad individual y por la máquina de combustión interna (tranvía, bicicleta y automóvil) dominantes en los circuitos urbanos a partir de la década de 1890. Hoteles, barcos, telegramas, laboratorios y archivos, fotografías y teatro, policías y ladrones, tirios y troyanos, se asocian y se dan forma gracias a esas tecnología. Galeano, sin reconocerse un teórico de los medios, trabaja sobre un territorio—el espacio atlántico sudamericano—que, más allá de las fronteras nacionales o administrativas, se define por la circulación e intercambio de papeles, objetos, ideas y personas, articulado, en particular, por los nodos de los puertos de Río de Janeiro y Buenos Aires.

Un gran acierto del capítulo 3 reside en desarmar ese bloque consolidado por cierta historiografía que confunde, como si fueran una sola cosa, a las prácticas de la antropología con la antropología criminal de Cesare Lombroso y la antropometría del francés Alphonse Bertillon para la individualización de las personas y delincuentes (medidas, fotos de frente y de perfil). Es cierto que, en el viaje, las cosas se mezclan, más allá de los deseos de algunos y las peleas de otros; pero también es cierto que se trata de procedimientos y concepciones que emergen en distintos contextos. Sin ir muy lejos, algunas fichas policiales combinaron—aparentemente sin conflicto—elementos del *bertillonage* y de la identificación dactiloscópica del argentino Juan Vucetich (p. 127), dos proyectos que, palmo a palmo, compitieron por el favor de la policías de uno y otro lado del Atlántico (sobre este tema, Mercedes García Ferrari, *Marcas de identidad. Juan Vucetich y el surgimiento transnacional de la dactiloscopia, 1888-1913*, 2016).

Poder identificar y poder pasar por otro en un espacio diferente, donde no se me conoce y se ignora que soy un delincuente o que no soy quien digo ser, son los móviles de las prácticas descritas en este libro y que, parafraseando a Anthony Grafton, podría decirse, se alimentan mutuamente. Los métodos desarrollados muestran la porosidad de las fronteras (entre disciplinas, países, ladrones y policías) y la compleja relación entre el engaño, el crimen y el conocimiento: la criminalística, al señalar los caracteres indiciarios y los métodos para descubrir al criminal, daba también la receta para esconderse. La química y la física al alcance de la policía y del burgués medio, incluía a los ladrones letrados que, como relata Galeano, contaban con bibliotecas y más de uno habrá asistido a un congreso para enterarse de las últimas novedades de la ciencia.

Imposible, por otro lado, leer el libro sin pensar en todas las analogías existentes con las prácticas de las ciencias naturales (o las ciencias en general). Trascendiendo el nivel discursivo—esa tentación recurrente de quienes se aferran y creen en la propaganda—, Galeano nos demuestra que las prácticas policiales (y delictivas) generaron móviles inmutables (en el sentido de Latour) surgidos de la necesidad de comparación, o, en palabras del jurista Luis María Drago, (p. 211) de “asociarse y compartir un lenguaje” universal, plasmadas, entre otras cosas, en congresos, museos, revistas, viajes de estudio y traducciones. De hecho, la articulación entre el desarrollo de las ciencias y la creación de una infraestructura para la transmisión y transporte el continente americano en los siglos XIX y XX permite entender la formación del espacio a través de los medios arquitectónicos, de transporte y comunicación (ver el Dossier “Caminos, comunicaciones y ciencia, publicado en *Historia, ciencias, saúde-Manguinhos* vol.15 no.3, Rio de Janeiro 2008). Como muestra Galeano, hacer la historia de estas disciplinas implica el estudio de esas tecnologías que, al dar forma al territorio, también están modelando las prácticas y saberes científicos, policiales y delictivos. Esta infraestructura y los intercambios modelados por ella, crearon canales transnacionales que hablan de un espacio continental, atlántico pero también andino, como demuestran los itinerarios de Guido Bennati, el Conde de Das y Joseph Charles Manó (Podgorny, *Charlatanería y cultura científica*, 2016).

Para finalizar, el capítulo 5 dedica unas páginas a la jerga de los malhechores, evocando la oralidad, los sonidos de la lengua hablada y la futilidad de la reivindicación localista de las expresiones del lunfardo y de la *gíria*. Ni argentino ni brasileña: híbridos surgidos de los intercambios retratados en este gran alegato por pensar a nuestros países en una escala mucho más realista que la proporcionada por las escuelas nacionales.